

# CONGRESO INTERNACIONAL

---

---

## LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE ALGECIRAS DE 1906 CIEN AÑOS DESPUÉS



---

---

Edición de las actas del Congreso Internacional  
*La Conferencia Internacional de Algeciras de 1906. Cien años después*  
©de los textos y fotografías: los autores

Coordinadoras de la edición:  
Pilar Pintor Alonso · Rosabel O'Neill Pecino (Museo Municipal de Algeciras)

Edita: Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano  
C/Teniente Miranda 118  
11201-Algeciras  
Tel. 956 630 036  
mail. agenda@fmcjoseluiscano.com  
www.fmcjoseluiscano.com

ISBN: 978-84-89227  
Depósito Legal: CA 768-2008  
Imprime: Tipografía Mazuelos

# VISIONES DE MARRUECOS EN VIAJEROS EUROPEOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX: EDVARD WESTERMARCK

JORDI AGUADÉ BOFILL

El 31 de marzo de 1905 el emperador Guillermo II de Alemania desembarcaba en Tánger. Un testigo presencial de este histórico acontecimiento lo narra, con una cierta ironía, de la siguiente manera:

«Cuando estaba parado frente a un comercio en la calle principal de la ciudad, y ante mi sorpresa, vi al Emperador y a su cortejo cabalgando calle arriba(...) camino de la legación alemana donde luego pronunció su conocido discurso en el que expresaba su intención de en futuras negociaciones dirigirse directamente al Sultán, legítimo soberano del país. Había un júbilo generalizado por la visita imperial, tanto entre nativos como entre europeos con la única excepción, claro está, de los franceses; en la ancha playa fuera de la ciudad apareció una masa compacta de montañeses armados que habían acudido para saludar al Sultán alemán, al amigo de los musulmanes y campeón de su libertad. Entre los europeos de Tánger, los ingleses a quienes repugnaba la idea de un régimen francés en Marruecos eran, después de los alemanes, los que más se regocijaban y manifestaron sus sentimientos erigiendo un arco triunfal»<sup>1</sup>.

Esta breve, precisa y un tanto irónica descripción de la atmósfera que reinaba en Tánger en aquella memorable ocasión<sup>2</sup> se debe a la pluma del antropólogo y sociólogo finlandés Edvard Westermarck, de quien me voy a ocupar en esta conferencia.

---

<sup>1</sup> Westermarck, *Memories*, pp. 213-214. Sobre la visita de Guillermo II cf. Julien, *Le Maroc*, pp. 64-65.

<sup>2</sup> Coincide con la de dos diplomáticos franceses, también testigos directos del acontecimiento: cf. Cagne, *Nation*, p. 280.

Los numerosos viajeros europeos que viajaron a Marruecos a finales del siglo XIX y principios del XX suelen ofrecer una visión estereotipada de Marruecos en la que fanatismo, fatalismo, atraso, despotismo, inseguridad y toda suerte de rasgos negativos de los marroquíes son temas recurrentes. Un buen ejemplo de ello es, en España, el libro *Allende el Estrecho* del periodista (y destacado africanista)<sup>3</sup> de Barcelona José Boada y Romeu, libro en el que narra sus viajes por Marruecos entre 1889 y 1894 y en el que no falta ninguno de los tópicos que acabo de mencionar<sup>4</sup>.

Westermarck destaca entre estos viajeros por su agudeza y objetividad así como por carecer por completo de semejantes prejuicios: tal como podemos comprobar gracias a sus numerosos escritos, fue sin lugar a dudas uno de los mejores conocedores de Marruecos de su época. No está de más citar aquí la valoración de este personaje que hace Rahma Bourqia, una socióloga marroquí contemporánea:

«Entre los nombres que han marcado la etnografía acerca de Marruecos, el de Westermarck ocupa un lugar especial. Es uno de los pocos antropólogos que llegó a Marruecos a fines del siglo pasado sin etiqueta colonial. Al igual que Edmond Doutté, su “misión” en Marruecos era más bien una aventura intelectual y científica»<sup>5</sup>.

A pesar de la importancia que tiene este autor para el conocimiento de la sociedad marroquí de principios del siglo XX, su obra es en España, hasta hoy, poco cono-

<sup>3</sup> Cf. *Allende el Estrecho*, p. 73: «España debe poner empeño en encaminar esta creciente emigración, no á las Américas ni á las provincias argelinas, sino á Marruecos, donde está el verdadero porvenir de la industria española».

<sup>4</sup> Describe su llegada a Tánger en los siguientes términos: «Sin transición apenas, estábamos en plena Edad media [sic]. Sin transición apenas, nos hallábamos entre un pueblo semi-salvaje, caduco, degenerado. Por la mañana acariciaban nuestros rostros los aires de Europa; pisábamos las calles de la culta Cádiz. Por la tarde estábamos ya en África, entre una población abigarrada y fanática, con distinta religión, con distinto modo de ser, otras ideas y diferentes esperanzas. El choque era rudo. Estábamos atontados» (*op. cit.*, p. 10). En otro pasaje dice: «¿Permitirán las naciones que la barbarie sea eterna al otro lado del Estrecho?» (p. 246). En otra ocasión: «La codicia del moro raya en lo indecible» (p. 135). La referencia al fanatismo de los musulmanes es frecuente en el libro de Boada (cf. pp. 74, 96, 185, 214). Pero en una ocasión el autor incurre en una evidente contradicción: «Los marroquíes, que tan fanáticos son por su religión, muéstranse sin embargo tolerantes con la de los demás. Así se explica que existan en Tánger iglesias y capillas de todas las religiones, y que puedan verificar hasta en público las ceremonias que exige el ritual, sin que por esto se vean molestados en lo más mínimo por los hijos [sic!] del Profeta» (*op. cit.*, p. 69). En lo que concierne al fatalismo cf. pp. 65 y 111.

A pesar de esta visión tan negativa del país, el libro de Boada está muy bien documentado y contiene datos interesantes (además de numerosas fotografías y dibujos).

<sup>5</sup> «Introduction», p. 9.

cida<sup>6</sup>. Por esta razón me ha parecido oportuno hablar de él aquí en este congreso, justo cuando se cumple un siglo de alguno de sus viajes a Marruecos.

Veamos brevemente algunos datos acerca de nuestro autor, antes de entrar en detalles. Edvard<sup>7</sup> Westermarck había nacido el 20 de noviembre de 1862 en Helsinki y murió el 3 de septiembre de 1939 en Lapinlahti<sup>8</sup>. Pertenecía a la minoría de habla sueca en Finlandia.

Fue profesor de Sociología en la Universidad de Londres (de 1907 a 1930) así como en la de Helsinki (del 1890 a 1906), donde posteriormente enseñó Filosofía Moral (de 1906 a 1918); fue asimismo, entre 1918 y 1930, profesor de Filosofía en la Universidad (finlandesa pero de lengua sueca) Åbo Akademi en la ciudad de Åbo (Turku en finlandés).

Además jugó un papel destacado en el movimiento para la independencia de Finlandia (hasta 1917 Gran Ducado autónomo dentro del Imperio Ruso).

Es sobre todo conocido por una obra suya titulada *The origin and development of the moral ideas* (2 vol, Londres 1906-1908) en la que afirma la relatividad y condicionamiento cultural de las normas morales frente a quienes defienden la existencia de una ley moral general<sup>9</sup>.

También es famoso por haber sido el primero en defender la teoría de que ya en la Prehistoria las sociedades humanas habrían practicado la monogamia y de que ésta sería la forma originaria del matrimonio (teoría que expuso en su primer libro denominado *History of Human Marriage*, aparecido en Londres en 1891).

Realizó varios viajes a Marruecos donde aprendió árabe dialectal y bereber: incluso se compró una casa en Tánger en la que pasó largas temporadas, especialmente después de su jubilación.

En lo que concierne a Marruecos, escribió, entre otras muchas publicaciones dedicadas a este país, un excelente estudio sobre magia y religiosidad populares titulado *Ritual and Belief in Morocco* (publicado en Londres en 1926), un libro que para nosotros representa hoy una fuente de primer orden para conocer la sociedad marroquí de la época.

Es autor, asimismo, de otra importante obra, *Marriage ceremonies in Morocco*

---

<sup>6</sup> La Biblioteca Nacional en Madrid no posee ninguna de sus obras, lo cual no deja de ser sorprendente en un país que fue durante el Protectorado potencia colonial en Marruecos. Sí están, en cambio, en el Instituto Miguel Asín del CSIC.

<sup>7</sup> Edvard en sus obras escritas en inglés.

<sup>8</sup> Para su biografía véanse el artículo «Westermarck» en la *Encyclopaedia Britannica* así como su propia autobiografía titulada *Memories of my life*. No he podido consultar el libro de Rolf Lagerborg (*Edvard Westermarck och verken från hans verkstad*. Holger Schildts förlag. Helsinki 1951).

<sup>9</sup> Cf. Lahtinen, «Ideology», pp. 24-25.

(Londres 1914)<sup>10</sup> un estudio sobre ritos nupciales en Marruecos que también es de obligada lectura para todo aquel que quiera conocer la sociedad marroquí tradicional.

En el campo de la Filología destacan dos de sus publicaciones. Una de ellas es *Wit and wisdom in Morocco* (Londres 1930) y lo escribió (tal como consta en la portada) en colaboración con su amigo y ayudante habitual, el jerife Abdessalam el-Baqqali: se trata de una muy completa recopilación de refranes marroquíes (contiene 2.013) en árabe dialectal, con texto árabe, transcripción fonética, traducción al inglés y comentario. Hoy en día sigue siendo una obra indispensable para quien se interese por la paremiología en árabe dialectal marroquí.

La otra publicación está en alemán y sorprende un tanto en un antropólogo ya que trata de las construcciones de genitivo en un dialecto bereber del sur de Marruecos: *Nomina im status absolutus und status annexus in der südmarokkanischen Berbersprache* y, a pesar de las reservas de su propio autor por hacer incursiones en un campo como el de la filología que no era el suyo, fue bien acogida por los berberólogos<sup>11</sup>.

Sus trabajos se caracterizan por su gran erudición, por la extensa bibliografía que maneja (trabajar en Londres tenía obviamente sus ventajas en este sentido ya que disponía de excelentes bibliotecas) así como por su poliglotía pues utiliza varios idiomas europeos (sueco, finlandés, inglés, alemán, francés, español<sup>12</sup> e italiano) además del árabe dialectal y el bereber.

No está de más señalar que, en sus publicaciones relativas a Marruecos, emplea siempre una transcripción muy precisa del árabe o del bereber, de modo que sus escritos son una importante fuente para el conocimiento del léxico en ambas lenguas<sup>13</sup>. En esto Westermarck destaca frente a muchos otros viajeros, e incluso especialistas, europeos de su época cuyas transcripciones suelen ser por lo general tan descuidadas que a veces es difícil saber de qué están hablando (por desgracia, las publicaciones españolas destacan negativamente en este aspecto y se llevan la palma, incluso cuando se trata de dialectólogos)<sup>14</sup>.

Para terminar este apartado añadiré que sus libros contienen asimismo un importante material fotográfico que proporciona interesantes datos etnográficos para

<sup>10</sup> Este estudio fue pronto traducido al francés, cf. *Les cérémonies du mariage au Maroc* (París 1921).

<sup>11</sup> Cf. *Memories*, pp. 184-185.

<sup>12</sup> En lo que respecta al español, él mismo comenta que en su primer viaje a España sus conocimientos eran escasos (cf. *Memories*, p. 130).

<sup>13</sup> Hay que señalar, sin embargo, que la etimología que propone para la voz *mrabet* (con *t* enfática) «morabito» según la cual la voz significaría «que intenta atar» (cf. *Ritual*, vol. 1, p. 28, nota 1) es disparatada (a pesar de lo cual ha sido retomada por algunos famosos antropólogos norteamericanos): en realidad, la palabra designa a quien está acuartelado en una rábida.

<sup>14</sup> Véanse, por ejemplo, los *Textos árabes en dialecto vulgar de Larache* de Maximiliano Alarcón y Santón.

quien esté interesado en conocer la sociedad marroquí de aquel entonces<sup>15</sup>.

Westermarck es siempre un observador agudo y preciso que selecciona y criba escrupulosamente los datos que le proporcionan sus informantes en sus viajes a Marruecos (en este aspecto se diferencia completamente de alguien como Auguste Moulieras, que dio crédito cualquier información que proporcionaban sus informantes y del que volveremos a hablar).

Es siempre patente su escaso afán de protagonismo y en sus escritos queda casi siempre en un discreto segundo plano (con la única excepción de sus dos libros de índole autobiográfica: *Memories of my Life*, Nueva York 1929 y *Sex år i Marocko: reseskildringar* (Estocolmo 1918)<sup>16</sup>).

Cuando Edvard Westermarck fue por primera vez a Marruecos no tenía en realidad la intención de permanecer allí demasiado tiempo. Tal como él mismo relata, mientras preparaba su libro *The origin and development of moral ideas* pensó que le sería útil conocer de cerca otras culturas: dado que la Universidad de Helsinki le ofrecía una generosa beca, decidió viajar a Oriente, pasando por Túnez. Pero una amiga le aconsejó que fuera primero a Marruecos. Así llegó a Tánger en 1898 y ya nunca prosiguió su proyectado viaje a otros países pues enseguida se dio cuenta de que para estudiar correctamente a los nativos de un país era indispensable conocer bien su lengua y pasar una larga temporada con ellos<sup>17</sup>. Él mismo lo cuenta en sus memorias:

«Botánicos, zoólogos y geólogos pueden volver a casa trayendo resultados verdaderamente importantes después de un viaje de tan sólo unos pocos meses de duración; pero las cosas son muy diferentes para quien tiene como objetivo estudiar una nación extranjera. En primer lugar, tiene que aprender su lenguaje puesto que ni siquiera el mejor de los intérpretes puede compensar lo que un investigador pierde si él mismo es incapaz de comunicarse con los nativos y entender lo que dicen. Esto puede parecer una verdad evidente pero el que yo en un principio no me diera cuenta

---

<sup>15</sup> Abundan las fotos en su libro *Sex år i Marocko* aunque también hay algunas en *Ritual* y en su autobiografía (*Memories*)

<sup>16</sup> El título de este libro (*Seis años en Marruecos*) es algo equívoco: alude al hecho de que, al escribirlo, las diferentes estancias del autor en el país sumaban un total de seis años.

<sup>17</sup> Cf. *Ritual*, vol. 1, p. V.: «Incluso el mejor intérprete es capaz de omitir detalles que, aunque triviales en apariencia, pueden ser de la mayor importancia para la correcta comprensión de la costumbre o creencia en cuestión(...) o de dar un sentido inexacto a expresiones que hacen imposible cualquier traducción directa».

de ello no me sorprende tanto si tengo en cuenta cuántos competentes etnólogos hay que todavía parecen sostener la opinión de que, incluso sin ningún conocimiento de la lengua nativa, pueden alcanzar sus objetivos en un plazo de tiempo relativamente corto siempre y cuando se use la metodología correcta. En un principio yo había considerado Marruecos como una etapa en mi camino y pretendía seguir más tarde hacia Ceilán, las islas de los Mares del Sur y Dios sabe dónde. Pero este viaje nunca tendría lugar. Decidí volver a Marruecos, estudiar su lengua y familiarizarme lo más posible con su pueblo»<sup>18</sup>.

Para Westermarck, Marruecos tenía además la ventaja de ser un país muy poco conocido y sin embargo cercano a Europa. Durante muchos años aprovechó sus vacaciones universitarias para visitar Marruecos: hizo unos veinte viajes, de manera que al final de su vida había pasado un total de casi diez años en este país. Sus viajes lo llevaron a Tánger, Tetuán, Anjra, Jebala, Larache, Rabat, Salé, Fez, Sefrú, Mequínez, Marrakech, Alto Atlas, Casablanca, Mazagán, Mogador, etc.<sup>19</sup>.

Westermarck mantuvo siempre una actitud reticente ante el colonialismo (y en este aspecto se diferencia claramente de otros viajeros de su tiempo), si bien por lo visto sus críticas fueron siempre indirectas<sup>20</sup>: censuraba su brutalidad y la opresión a la que se sometía a los pueblos colonizados, señalando que un mejor conocimiento de las culturas indígenas resultaría más eficaz y menos caro a las potencias coloniales que el recurso a la fuerza<sup>21</sup>. Señala que la creencia en la superioridad occidental tan sólo existía en las mentes de los propios occidentales y los conflictos entre diferentes culturas los explicaba sobre todo por la ignorancia mutua<sup>22</sup>. No quería que Marruecos corriera la misma suerte que Túnez y Argelia y la creciente influencia francesa en el país (antes de 1912) le desagradaba: consideraba que el Protectorado era inútil ya que los marroquíes eran perfectamente capaces de go-

---

<sup>18</sup> *Memories*, pp. 145-146

<sup>19</sup> Él mismo comenta que además pudo obtener información acerca del Rif gracias a los numerosos rifeños que pudo entrevistar en Tánger y Tetuán. La única región acerca de la que no consiguió información (ya la que tampoco pudo acceder) fue el valle del Draa, en el sur del país (cf. *Ritual*, vol. I, p. 7)

<sup>20</sup> Sobre el tema cf. Melasuo, «L'image du Maroc», pp. 58-59

<sup>21</sup> Cf. *Memories*, pp. 230-231: hablando en general de los funcionarios de las administraciones coloniales europeas dice «No es exagerado afirmar que en su inmensa mayoría nunca aprenden a entender a los nativos... Estoy convencido de que en nuestros tratos con razas no europeas unas nociones de sociología, bien aplicadas, serían un arma más satisfactoria que la pólvora. Sería más humano...y también más barato»

<sup>22</sup> Op. cit., p. 59



bernarse ellos mismos<sup>23</sup>. En su opinión, los países europeos que subyugan a un país extranjero tratando como rebeldes y matando a los nativos que ofrecen resistencia, actúan de la misma manera que el salteador de caminos que mata al viajero que se niega a entregarle su bolsa<sup>24</sup>.

Sus comentarios son en ocasiones bien elocuentes. Así, hablando de Tetuán, dice:

«Los españoles vinieron a Tetuán y lo ocuparon durante dos años, de 1860 a 1862. Después de su partida los marroquíes intentaron borrar cualquier rastro de la ocupación española y prácticamente los únicos recuerdos que han quedado de ellos son dos montones de polvo en que los conquistadores convirtieron dos barrios de la ciudad en sus esfuerzos para obtener leña puesto que sus habitantes sistemáticamente rehusaban venderles carbón. Pero ahora, cuando escribo estas líneas, los españoles nuevamente han regresado a Tetuán. No he vuelto allí desde entonces ni tengo la menor intención de hacerlo»<sup>25</sup>.

Estas líneas las escribía en un libro aparecido en 1927<sup>26</sup>, cuando hacía por lo tanto muy poco que había terminado la guerra del Rif. Es revelador el hecho de que en su libro *Sex år i Marocko* (publicado en 1918) figure exactamente el mismo párrafo que acabo de citar pero sin la última frase en la que anuncia que nunca volverá a Tetuán<sup>27</sup>...

Pienso que no será demasiado osado por mi parte suponer que probablemente era mucho más fácil identificarse con los marroquíes de entonces cuando uno procedía de Finlandia, un país que hacía muy poco había obtenido su independencia, y no de una potencia colonial.

Si bien tiene escasa simpatía por el colonialismo francés, al mismo tiempo reconoce el gran valor científico de muchas publicaciones francesas hechas, ya en la época del Protectorado, por el *Institut des Hautes Études Marocaines* y otras instituciones parecidas y en 1926 señala que, gracias a estos trabajos Marruecos es ya un país mucho mejor conocido que un cuarto de siglo antes, cuando él llevaba a cabo sus primeros viajes<sup>28</sup>.

Tampoco parece sentir especial simpatía por los misioneros y sacerdotes cristianos que pululaban por las principales ciudades de Marruecos, lo que realmente no

---

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 59.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, pp. 159-160.

<sup>25</sup> Cf. *Memories*, p. 134. En este mismo habla también de sus viajes por España, país del que da una imagen positiva (cf. por ejemplo pp. 130-131): sus críticas van dirigidas sólo al colonialismo español en Marruecos.

<sup>26</sup> Fecha en la que se publica el original sueco de sus memorias.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, p. 11

<sup>28</sup> *Ritual*, vol. 1, p. VI.

sorprende en una persona que siempre manifestó públicamente su agnosticismo<sup>29</sup>. Comenta con una cierta sorna que, a su entender, los misioneros no habían provocado daños en este país (como al parecer si sucedió en otras partes del mundo, aunque inintencionadamente)<sup>30</sup> y que muchos de ellos se dedicaban a la práctica gratuita de la medicina ya que disponían de mucho tiempo libre pues las conversiones de nativos eran sumamente raras: él tan sólo conocía un caso, el de un individuo de mala reputación que fue sorprendido *in fraganti* cuando cometía un delito por lo que se refugió en la iglesia española de Tánger y se convirtió luego al catolicismo<sup>31</sup>.

Cuando Westermarck fue a Anjra (donde permaneció seis meses) la zona se consideraba insegura y la Legación Rusa le hizo firmar un documento declarando que emprendía el viaje por su cuenta y riesgo: sin embargo, el autor señala que en esta región (así como en otras tenidas por poco seguras por los europeos) siempre lo trataron con suma amabilidad<sup>32</sup>. Tal como él mismo explica, el mérito de que pudiera viajar por buena parte del país sin mayores contratiempos recaía en uno de sus acompañantes, el jerife Sidi Abdessalam el-Baqqali.

El jerife Abdessalam el-Baqqali es un personaje singular y bien merece que le dediquemos algo de atención pues se trata de uno de los raros casos en los disponemos de abundante información acerca de marroquíes que acompañaron y ayudaron a viajeros europeos en aquella época: Westermarck lo menciona con frecuencia, incluso le dedica un capítulo en una de sus publicaciones<sup>33</sup>, y además se

<sup>29</sup> Cf. *Memories*, pp. 36-37 y 81. Opinaba, por ejemplo, que el cristianismo no había fomentado el progreso de las ciencias (tal como pretendían muchos) sino que, al contrario, lo había obstaculizado.

<sup>30</sup> Westermarck cita aquí la anécdota que le contó personalmente la exploradora inglesa Mary Kingsley acerca de una tribu africana conocida por su crueldad y que practicaban con predilección la crucifixión de seres humanos, una forma de tortura que les era desconocida antes de la llegada de los misioneros. Mary H. Kingsley (1862-1900) exploró el África occidental y escribió dos libros que tuvieron enseguida mucho éxito (*Travels in Africa and West African studies*). Ofendió a la Iglesia Anglicana de su país al criticar a los misioneros por querer cambiar a los africanos. Durante la Guerra de los Boers trabajó como enfermera voluntaria y murió de unas fiebres tifoideas.

<sup>31</sup> Cf. *Memories*, pp. 180-181. Es de suponer que los franciscanos españoles de Tánger darían una versión muy diferente de esta conversión.

<sup>32</sup> *Marriage ceremonies*, p. 5: «El trato que me dispensaron allí, al igual que entre otros montañeses y campesinos que generalmente no tenían fama de ser amistosos con los europeos, fue invariablemente de lo más amable». Cf. también *Ritual*, vol. 1, p. VI, donde el autor repite esta misma frase. Algo parecido cuenta de Demnat: *Ritual*, vol. 1, p. 541.

<sup>33</sup> Cf. *Sex år*, pp. 61-74 (foto en p. 69); *Memories*, pp. 139, 146-148 (foto entre pp. 136-137). Acerca de este personaje cf. asimismo Suolinna, «Abdessalam El-Baqqali» y Suolinna, «The relationship» (artículo que no he podido consultar). De acuerdo con los datos que proporciona Suolinna, el-Baqqali falleció en otoño de 1942, cuando contaba más de sesenta años.

conservan más de doscientas cartas que el jerife le escribió a lo largo de su vida<sup>34</sup>. Era de Anjra aunque pasó la mayor parte de su vida en Tánger.

Se conocieron durante el primer viaje que Westermarck hizo a Marruecos, en 1898. Él mismo comenta que el jerife le llamó desde un principio la atención porque hablaba algo de inglés pero que además:

«Pronto vi que Sîdi ‘Abdsslam<sup>35</sup> era el mejor ayudante para mis investigaciones que yo podía desear: inteligente, motivado y sincero»<sup>36</sup>.

A partir de entonces, y durante algo más de cuarenta años, le acompañó en todos sus viajes por Marruecos: a cambio de sus servicios le pagaba una cantidad mensual, incluso cuando no se encontraba en el país<sup>37</sup>. Tal como luego veremos, el antropólogo finlandés no se equivocó al escogerle pues viajar en compañía de un jerife le abrió muchas puertas, facilitándole así su trabajo de campo.

Abdessalam el-Baqqali tuvo que ser una persona un tanto pintoresca. Fue encarcelado en tres ocasiones aunque nunca por mucho tiempo<sup>38</sup>: una vez se le acusó de disparar con su rifle en estado de embriaguez, más adelante pasó veinticinco días encarcelado por no respetar el ayuno de Ramadán y atacar al cónsul de España (esto último, de ser cierto, requería mucho valor o insensatez en aquella época ya que las condenas eran severas en tales casos) y volvió a ser encarcelado una tercera vez acusado de amenazar a unos judíos (si bien él se defendió alegando que sólo pretendía asustarlos). El-Baqqali tenía interés en mejorar su inglés y para ello Westermarck le suscribió al *Daily News*<sup>39</sup>. Además lo llevó consigo a un congreso de orientistas a Roma así como a Londres: en los veranos de 1899 y 1907 el-Baqqali le acompañó asimismo a Suecia y Finlandia (dos países que, con toda seguridad, muy pocos marroquíes conocían en aquellos años). En Suecia, por cier-

---

<sup>34</sup> Las cartas se conservan en el archivo de la Universidad de Åbo/ Turku (en cambio, sólo hay dos de Westermarck al jerife): acerca de esta correspondencia cf. Suolinna, «Abdessalam El-Baqqali».

<sup>35</sup> En las citas de sus libros he respetado su transcripción de nombres y topónimos.

<sup>36</sup> *Sex år*, pp. 65-66.

<sup>37</sup> Westermarck le siguió pagando durante los casi diez años (1914-1923) en que no pudo viajar a Marruecos (Suolinna, *op. cit.*).

<sup>38</sup> Sobre esto cf. Suolinna, *op. cit.*

<sup>39</sup> Suolinna (*op. cit.*) señala que, a juzgar por las cartas que el-Baqqali envió a Westermarck, nunca llegó a conocer bien este idioma.

to, el-Baqqali conoció a una chica que le gustó y con la que pretendió casarse: sin embargo el matrimonio no pudo llevarse a cabo debido a la firme oposición de la madre de ella. Veinte años más tarde le escribió desde Tánger volviendo a proponerle el matrimonio pero la sueca rechazó amablemente su propuesta<sup>40</sup>.

Cuando en 1898 el zar Nicolás II de Rusia pretendió anular la autonomía de la que disfrutaba el Gran Ducado de Finlandia, Westermarck se encontraba en Tetuán y tuvo que dirigirse a Londres para colaborar con un comité internacional en defensa de la libertad de los finlandeses. El-Baqqali no sólo se ofreció a acompañarle sino que también le propuso reclutar a un millar de hombres de su región para enviarlos a Finlandia, lo que el antropólogo comenta diciendo:

«Por lo que yo sé [ésta era] la primera oferta de ayuda militar contra los rusos»<sup>41</sup>.

Quisiera destacar que Westermarck siempre trató de manera amistosa y sumamente respetuosa a el-Baqqali. Ya he mencionado antes que en varias ocasiones manifiesta su gratitud hacia él y que reconoce el importante papel que jugó en sus investigaciones así como el hecho de que en su recopilación de refranes aparezca también el nombre del jerife en el título. Sin embargo, tanto su agradecimiento como respeto quedan bien patentes en el prólogo de su libro *Ritual and belief in Morocco*, donde dice:

«(...) Debo dar las gracias a mi amigo marroquí el jerife ‘Abdsslam el-Baqqâli quien me ha acompañado en todos mis viajes por Marruecos y me ha proporcionado una ayuda inestimable. Me alegra decir que el presidente de la República de Finlandia ha tenido a bien concederle el título de Caballero de la Orden de Vita Ros de Finlandia como recompensa por los servicios que me ha prestado»<sup>42</sup>.

Como se ve, estamos muy lejos del estilo habitual en otros viajeros europeos, en los que generalmente no se menciona más que de pasada a «los indígenas» que les han ayudado.

Volviendo a sus viajes, ya hemos visto que nuestro autor reconoce que el viajar con un jerife le abrió muchas puertas y le facilitó las cosas. En aquellos tiempos

---

<sup>40</sup> Suolinna, op. cit.

<sup>41</sup> *Memories*, p. 148.

<sup>42</sup> *Ritual*, vol. 1, p. VI.

era obligatorio que los europeos viajaran por Marruecos acompañados por uno o varios soldados pues así lo estipulaba un acuerdo firmado entre el sultán y gobiernos occidentales<sup>43</sup>. Cuando Westermarck, en su primer viaje al país, va a Fez y pasa allí tres semanas, decide proseguir su visita prescindiendo del soldado que le acompañaba (y, evidentemente, ahorrándose también el dinero que le pagaba). Lo comenta diciendo:

«Yo disponía de una protección mucho mejor gracias a la *baraqa* o «santidad» de Sîdi Abdsslam (...) él era un jerife de la conocida familia Baqqâli, famosa por su don de lanzar las más terribles maldiciones contra sus enemigos»<sup>44</sup>.

Tal como vemos, nuestro autor acude al modo tradicional marroquí de viajar por zonas inseguras que consiste en ponerse bajo la protección de una familia de jerifes: se viajaba en compañía de uno de ellos hasta llegar al territorio de otros jerifes y así sucesivamente. Es lo que en árabe marroquí se denomina *ztata*<sup>45</sup> y era un sistema muy eficaz y seguro ya que los jerifes llegaban incluso a arriesgar sus vidas para proteger a los viajeros que acompañaban: así lo atestigua en varias ocasiones el conocido viajero francés Charles de Foucauld quien recorrió el sur de Marruecos entre 1883 y 1884<sup>46</sup>. Ese mismo autor, por cierto, comenta que la hostilidad de las tribus insumisas a los viajeros europeos no se debía al fanatismo religioso (como afirman muchos viajeros de entonces) sino a que se les tenía por espías que preparaban la invasión del país<sup>47</sup>: el testimonio es especialmente relevante ya que Foucauld (a la sazón oficial del ejército francés) sabía de qué hablaba.

Ya se dijo antes que Edvard Westermarck es un observador muy preciso y que siempre procura ser objetivo. En sus libros nos proporciona interesantes datos acerca de la metodología que empleaba en su trabajo de campo.

En primer lugar, nunca usaba información acerca de los usos y costumbres de una tribu que no proviniera de alguno de sus miembros y descartaba datos pro-

---

<sup>43</sup> *Memories*, pp. 136, 139. Lo mismo comenta Boada, *Allende el Estrecho*, p. 107.

<sup>44</sup> *Op. cit.*, p. 139.

<sup>45</sup> Sobre esta voz, que aquí transcribo sin signos diacríticos (la *t* es enfática), véase Aguadé & Benyahia, *Diccionario*, p. 168. Acerca de la *ztata* véase el estudio de Sebti, «Insécurité et figures de la protection au XIX<sup>e</sup> siècle».

<sup>46</sup> Cf. *Viaje a Marruecos*, p. 6, nota 3.

<sup>47</sup> *Op. cit.*, p. XXIII de la introducción: «Esta intolerancia extremada no la causa el fanatismo religioso; tiene su origen en otro sentimiento común a todos los indígenas: para ellos un europeo que viaja por su país no puede ser más que un emisario enviado para reconocerlo; viene a estudiar el terreno cara a una invasión; es un espía (...). Se teme al conquistador, más que se odia al cristiano».

porcionados por personas ajenas a ella<sup>48</sup>. Así evitaba datos falsos basados en meros prejuicios o en un afán deliberado de denigrar a otras etnias. Hasta qué punto podían llegar tales prejuicios es bien patente en el siguiente comentario, referido a los habitantes de la región de Jebala:

«A los *jbâla* no les gustan los árabes<sup>49</sup>. En Anjra me contaron que carecen de religión, no ayunan en ramadán y mantienen relaciones sexuales ilícitas con sus hermanas»<sup>50</sup>.

Ambos tópicos son recurrentes en todas las culturas y se suelen aplicar con predilección a poblaciones vecinas con las que por lo general las relaciones no son excesivamente buenas<sup>51</sup>. Al rechazar datos que no provinieran directamente de los grupos que él estudiaba, el antropólogo finlandés evitó incurrir en disparates tales como los del famoso Auguste Mouliéras quien descubrió una tribu rifeña «antimusulmana» [sic] que practicaba la «noche del error» en la que sus miembros mantenían relaciones sexuales con quien casualmente tuvieran al lado y aunque se tratara de parientes cercanos<sup>52</sup>, basándose exclusivamente en datos proporcionados por un peculiar informante<sup>53</sup>. Estoy seguro de que no es casualidad el hecho de que Westermarck no hable de esta presunta costumbre en sus obras<sup>54</sup>.

En segundo lugar, tampoco recurría nunca a datos proporcionados por europeos residentes en Marruecos ya que con frecuencia había constatado que sus informaciones eran inexactas<sup>55</sup>. Sólo excepcionalmente usa Westermarck datos procedentes de otros viajeros o estudiosos europeos y siempre lo indica en nota<sup>56</sup>.

<sup>48</sup> *Ritual*, vol. 1, p. 8. Unos años antes, en su libro *Marriage ceremonies in Morocco* (publicado en 1914) y refiriéndose a una peculiar costumbre que un informante de otra tribu atribuía a los Ayt Ziri (los famosos Zkara de Mouliéras), ya comentaba: «it is impossible for me to decide whether there is any truth or not in these accounts from neighbouring tribes» (op. cit., pp. 272-273).

<sup>49</sup> Es decir, las tribus arabófonas (y generalmente nómadas) de las llanuras atlánticas: los *jbâla* también son arabófonos, por cierto.

<sup>50</sup> *Ritual*, vol. 1, p. 5.

<sup>51</sup> En lo que concierne a Marruecos, todavía se escuchan de tarde en tarde cuando se hace trabajo de campo.

<sup>52</sup> Otro tópico habitual.

<sup>53</sup> Cf. *Une tribu zénète*. Sobre el tema cf. las observaciones críticas que hace Dermenghem, *Le culte des saints*, pp. 232 ss. y 237 ss. (quien califica de «derviche pintoresco» a este informante y opina que Mouliéras hace interpretaciones osadas: sin embargo, no llega a rechazar por completo la existencia de esta famosa noche). Al parecer, Mouliéras ni siquiera estuvo en las partes del Rif de las que habla: cf. Ayache, «Société rifaine», pp. 205 y 207.

<sup>54</sup> A pesar de que Westermarck conoce (y en algunas ocasiones cita) el libro de Mouliéras mencionado en la nota anterior.

<sup>55</sup> *Ritual*, vol. 1, p. 8.

<sup>56</sup> *Ritual*, vol. 1, p. 8.

En tercer lugar, tenía la costumbre de repetir a sus informantes los datos que había recogido con objeto de evitar equívocos: comenta que la precisión de los nativos, incluso en detalles nimios, era sorprendente y alaba su veracidad y paciencia<sup>57</sup>.

Cuando se instalaba en un lugar procedía siempre a buscar maestros que le informaran tanto acerca del dialecto como de las costumbres locales. Así narra que en Marrakech:

«Como maestro conseguí un escribano bereber, de la tribu de los Glawa en el Alto Atlas, un hombre excelente que durante en seis meses me instruyó acerca de la lengua y los usos de su tribu»<sup>58</sup>.

Acerca de otro de ellos, en Fez en este caso, hace el siguiente comentario:

«El más importante de mis conocidos bereberes era Si Rahhu, de los Aith Sadden, quien resultó ser un verdadero tesoro. Es raro encontrar entre los bereberes del Marruecos central a uno que sepa escribir: y Si Rahhu no sólo sabía escribir sino que tenía, además, un oído especialmente agudo para los raros sonidos en los distintos dialectos bereberes de los que yo por entonces me ocupaba. Al mismo tiempo era extremadamente meticuloso en su trabajo, franco y honesto, con algo casi teutónico en su naturaleza y aspecto»<sup>59</sup>.

Es importante señalar que también recurre a mujeres como informantes, especialmente para todo aquello que tuviera que ver con su vida cotidiana y costumbres<sup>60</sup>, lo que es excepcional (si no único) en europeos que viajaban a Marruecos en aquella época. Acerca de una de ellas, durante su estancia en Fez, comenta lo siguiente:

«Yo tenía también una maestra, una mujer divorciada de una tribu arábófona de montaña, que tenía interesantes cosas que contarme acerca del mundo femenino; pero cuando me instruía en las artes de magia mediante las cuales las mujeres casadas pueden dominar a sus maridos me hizo prometer no revelar el secreto a ningún hombre»<sup>61</sup>.

---

<sup>57</sup> *Ritual*, vol. 1, pp. 8-9.

<sup>58</sup> *Memories*, p. 179.

<sup>59</sup> *Memories*, p. 239.

<sup>60</sup> *Marriage ceremonies*, p. 6.

<sup>61</sup> *Memories*, p. 239. En esta ciudad tuvo además mujeres bereberes como informantes (cf. p. 244).

Como es sabido, la mujer apenas aparece en las obras de viajeros europeos a Marruecos y cuando se la menciona es para describirla generalmente de un modo estereotipado haciendo hincapié en la desdichada situación de las musulmanas (frente a la «afortunada» mujer occidental y cristiana) sometidas a la tiranía (casi esclavitud) de sus maridos, carentes no sólo de derechos o cultura sino también de personalidad propia y, por supuesto, por completo inasequibles al europeo que viajaba por el país quien sólo en contadas excepciones lograban atisbarlas de lejos<sup>62</sup>.

En este aspecto, Westermarck destaca de nuevo por su originalidad. En sus libros es bien patente que a largo de sus viajes no sólo trataba con mujeres marroquíes sino que algunas incluso lo vieron como un buen partido (obviamente, sus conocimientos de árabe dialectal y bereber le ayudaban en este aspecto): una vez, en la región de Dukkala, unas beduinas le propusieron que se casara con una joven belleza de la tribu<sup>63</sup>. Con una cierta frecuencia las mujeres acuden a él en demanda de ayuda<sup>64</sup>. En una ocasión, en Mazagán, la esposa de un escribano al que había contratado como informante (y al que define como un excelente maestro) vino a quejarse de que su marido la maltrataba: cuando más tarde, en privado, Westermarck le reprendió su comportamiento, él le susurró «no me regañes, ella no es un ser humano sino una *jinnîya*»<sup>65</sup>. En otra ocasión, comenta que viajó a Salé acompañado por mujeres de la tribu de los Beni Ahsen (los hombres no se atrevían a ir a la ciudad por miedo a que los encarcelara su gobernador) quienes aprovecharon la ocasión para someterle a un verdadero interrogatorio acerca de las costumbres de su país. A todas ellas les pareció muy bien que en Finlandia los hombres no tuvieran más que una esposa y que fueran ellas a quienes se servía primero a la hora de comer pero se horrorizaron y escandalizaron cuando les contó que también era habitual que las finlandesas salieran a pasear del brazo de sus maridos: Westermarck comenta con ironía que probablemente esta frase fue lo más indecente que dijera en toda su vida<sup>66</sup>.

Es además importante señalar aquí que en sus libros abundan las fotos en las que aparecen mujeres de todas partes de Marruecos (entre ellas Rahma, su cocine-

---

<sup>62</sup> Sobre esto véase ahora el interesante artículo de M. Marín, «Mujeres, burros y cargas de leña» en el que se analizan con detalle tales tópicos en obras de viajeros españoles.

<sup>63</sup> *Memories*, p. 170. Es de suponer que las beduinas partieran de la base de que era musulmán (o que podría convertirse al Islam): en todo caso, entre el pueblo llano marroquí siempre se ha tendido a creer que el extranjero que habla su lengua y conoce sus costumbres y religión o es musulmán o está a punto de serlo.

<sup>64</sup> Cf., por ejemplo, *Memories*, p. 245.

<sup>65</sup> *Memories*, p. 216 y *Sex âr*, p. 100. Acerca de los *jinn* («genios, espíritus», femenino *jinniya*, pl. *jnun*) cf. *Ritual*, vol. 1, pp. 262 ss.

<sup>66</sup> *Memories*, pp. 166-167.



ra de Tánger), casi siempre sin velo y posando despreocupadamente ante la cámara<sup>67</sup>, que hoy en día constituyen un interesante material etnográfico<sup>68</sup>.

Hay pocas noticias acerca de la imagen de los marroquíes de entonces<sup>69</sup>. Nuestro autor (quien en varias ocasiones comenta la curiosidad que suscitaba su presencia)<sup>70</sup> aporta algunos datos curiosos al respecto que, por lo que puedo ver, no aparecen en otras obras: así se creía que los europeos tenían cuernos, que se alimentaban de leche de cerda e incluso que las mujeres europeas podían dar a luz dos veces al año<sup>71</sup>. Hasta se le llegó a preguntar si en los países cristianos también llovía<sup>72</sup>.

Edvard Westermarck murió el 3 de septiembre de 1939, dos días después de que estallara la Segunda Guerra Mundial y cuando le faltaba poco para cumplir los setenta y siete años. La fuerte impresión que le produjo este suceso le provocó una crisis asmática aguda: la enfermedad que padecía desde la infancia, y que no le había impedido llevar a cabo trabajo de campo en zonas remotas y peligrosas de Marruecos, terminó en esta ocasión con su vida.

Los civilizados europeos –que durante mucho tiempo habían justificado el colonialismo alegando el presunto atraso y la barbarie de otros pueblos– iniciaban entonces un largo conflicto durante el cual los contendientes batirían todos los récords imaginables de salvajismo y que, a largo plazo, acabaría por provocar la independencia de las naciones colonizadas.

---

<sup>67</sup> Insisto en este aspecto ya que la aversión de los marroquíes a ser fotografiados es otro lugar común en los libros de viajeros occidentales (que le atribuyen un carácter religioso): las numerosas fotos de personas que incluye Westermarck en sus libros parecen indicar que, ya entonces, el dejarse fotografiar o no era simplemente una cuestión de confianza y amistad con el fotógrafo.

<sup>68</sup> Cf. especialmente *Sex år* y *Memories*.

<sup>69</sup> Me refiero, claro está, a marroquíes de zonas rurales que nunca habían estado en contacto con europeos.

<sup>70</sup> Cf., por ejemplo, *Sex år i Marocko*, p. 111.

<sup>71</sup> *Memories*, pp. 161-162 y 166; *Sex år i Marocko*, p. 111.

<sup>72</sup> *Memories*, p. 166.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUADÉ, Jordi, BENYAHIA, Laila; *Diccionario árabe marroquí. Árabe marroquí-español / español-árabe marroquí*. Quórum Editores, Cádiz 2005.
- ALARCÓN Y SANTÓN, Maximiliano; *Textos árabes en dialecto vulgar de Larache*. Madrid 1913.
- AYACHE, Germain; «*Société rifaine et pouvoir central marocain (1850-1920)*». En: AYACHE, G.; *Études d'histoire marocaine*. SMER, Rabat 1983, pp. 199-227 [publicado anteriormente en la *Revue Historique*, vol. 254,2 (1975)].
- BOADA Y ROMEU, José; *Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos (1889-1894)*. Edición facsímil con introducción de Vicente Moga Romero. Melilla, Ceuta 1999 [reproducción fotomecánica de la edición original, Barcelona 1895].
- BOURQIA, Rahma; «*Introduction*». En: *Westermarck et la société marocaine*, pp. 9-13.
- BOURQIA, Rahma, AL HARRAS, Mokhtar (eds.); *Westermarck et la société marocaine*. Université Mohammed V. Publications de la Faculté des Lettres et des Sciences Humaines. Rabat. Colloques et Séminaires, no. 27. Rabat 1993.
- CAGNE, Jacques; *Nation et nationalisme au Maroc*. Dar Nachr al Maarifa. Rabat 1988.
- DERMENGHEM, Émile; *Le culte des saints dans l'islam maghrébin*. Gallimard, París 1954.
- ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA*; artículo «Westermarck, Edward» [disponible en: <http://www.britannica.com/eb/article-9076652>].
- FOUCAULD, Charles de; *Viaje a Marruecos 1883-1884*. Traducción de F. Gutiérrez. Terra incognita, Palma de Mallorca 1998 [traducción al español de *Reconnaissance au Maroc*, París 1888].
- JULIEN, Charles-André; *Le Maroc face aux imperialismes 1415-1956*. Éditions J. A. París 1978.
- LAHTINEN, Tommy; «Edward Westermarck's personal development and ideology». En: *Westermarck et la société marocaine*, pp. 17-26.
- MARÍN, Manuela; «Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes de Marruecos». En: RODRÍGUEZ MEDIANO, Fernando, DE FELIPE, Helena (eds.); *El Protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*. CSIC, Madrid 2002, pp. 85-110.

- MOULIÉRAS, Auguste; *Une tribu zénète antimusulmane au Maroc (les Zkara)*. París 1905.
- SEBTI, Abdelahad; «Insécurité et figures de la protection au XIX<sup>e</sup> siècle: la *ztâta* et son vocabulaire». En: *La société civile au Maroc* (vol. especial de la revista *Signes du présent*), SMER, Rabat 1992, pp. 47-69.
- SUOLINNA, Kirsti; «Abdessalam El-Baqqali as a key person and friend of Edward Westermarck». En: *The third Nordic conference on Middle Eastern Studies: Ethnic encounter and culture change*. Joensuu, Finland, 19-22 June 1995 [disponible en: <http://www.smi.uib.no/paj/Suolinna.html>].
- SUOLINNA, Kirsti; «The relationship between Edvard Westermarck and Abdessalam El-Baqqali». En: *Suomen Antropologi*, vol. 19,4 (1994), pp. 51-55.
- WESTERMARCK, Edward; *Marriage ceremonies in Morocco*. Curzon Press, Rowman & Littlefield, Londres/ Totowa (N. J.) 1972 [reproducción fotomecánica de la edición original publicada en Londres, Macmillan & Co, 1914].
- WESTERMARCK, Edward; *Memories of my life*. Translated from the Swedish by Anna Barwell. The Macaulay Company. Nueva York/ Woking 1929 [traducción al inglés de la versión original sueca *Minnen ur mitt liv* publicada en Estocolmo en 1927].
- WESTERMARCK, Edward; *Ritual and belief in Morocco*. 2 vols., University Books 1968 [reproducción fotomecánica de la edición original de Londres, Macmillan & Co, 1926].
- WESTERMARCK, Edvard; *Sex år i Marocko. Reseskildringar*. Albert Bonniers Förlag. Estocolmo/ Helsinki 1918.
- WESTERMARCK, Edward; *Wit and wisdom in Morocco. A study of native proverbs*. With the assistance of Shereef 'Abd-Es-Salam El-Baqqali. G. Routledge and Sons. Londres 1930.